

JOSÉ MARÍA
AZNAR

España
puede salir
de la crisis



Índice

PORTADA	
PRÓLOGO	
PRIMERA PARTE. LA CRISIS DE LA ECONOMÍA MUN-	
DIAL	
1. LA CRISIS FINANCIERA INTERNACIONAL: ¿QUÉ HA	
OCURRIDO?	
2. LA ERA DE LAS EXPECTATIVAS DESBORDADAS Y SUS	
CONSECUENCIAS GEOPOLÍTICAS	
3. ¿HA FALLADO EL ESTADO? ¿HA FALLADO EL MERCADO?	
4. LOS PRINCIPIOS MORALES DE LA PROSPERIDAD	
SEGUNDA PARTE. LA CRISIS DE LA ECONOMÍA ES-	
PAÑOLA	
5. EL ÉXITO DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA ENTRE 1996 Y	
2006	
6. CINCO AÑOS DE SOCIALISMO (2004-2009): ESPAÑA	
VUELVE A LA CRISIS ECONÓMICA	
7. ASPECTOS CULTURALES DE LA CRISIS	
TERCERA PARTE. CÓMO SUPERAR LA CRISIS	
8. ESPAÑA ANTE LAS CRISIS INTERNACIONALES	
9. POLÍTICAS QUE AGUDIZAN LA CRISIS ECONÓMICA	
10. POLÍTICAS ECONÓMICAS PARA SALIR DE LA CRISIS	
11. MÁS ESPAÑA Y UNA MEJOR EDUCACIÓN PARA SALIR	
DE LA CRISIS	
12. EL IMPULSO POLÍTICO PARA SALIR DE LA CRISIS	
CRÉDITOS	

Prólogo

Me decidí a escribir este libro en la primavera de 2008 cuando España se sumergía a toda velocidad en una grave crisis económica y social, y el Gobierno español seguía instalado en el *negacionismo* de la crisis.

Fui muy consciente de que, para el momento en el que este libro viera finalmente la luz, la situación económica en España se habría agravado y la pesadilla del paro masivo habría vuelto a castigar a la sociedad española. Fui asimismo consciente de que la crisis económica y el incremento del paro acabarían por deteriorar el sistema bancario español. Y fui también consciente de que, ante la crisis, los gobernantes se escudarían, como en anteriores ocasiones, en la excusa de su carácter global para eludir su responsabilidad por las consecuencias de sus malas políticas.

Pero lo que más me movió a escribir este libro fue evitar que la sociedad española se instalara en el pesimismo, en el nada se puede hacer para salir de la crisis. Efectivamente, la cantinela hoy de moda repite, cada día de forma más machacona, que habrá que esperar a que sean otros quienes tiren de la economía global para que podamos salir de la crisis.

Es curioso que los mismos que negaron la mera posibilidad de que España pudiera entrar en crisis hayan sido después quienes más empeño han puesto en buscar culpables externos y en pretender que todo es una suerte de *tsunami* exterior que nos empobrecerá sin que podamos hacer nada para evitarlo, o siquiera para limitar sus efectos adversos. Tan falsa era su pretensión *negacionista* de hace muy poco como cierta es su intención actual de eludir cual-

quier responsabilidad tanto en el alcance y profundidad de la crisis como, de cara al futuro, en las medidas que deberían tomarse para superarla cuanto antes y de la mejor manera posible.

Es evidente que hay una crisis global que, como tal, golpea a todos. Pero es igual de evidente que, siendo global, golpea a España de manera especialmente grave debido a factores internos que son inocultables y que amplían la profundidad y el alcance de la crisis. En este libro analizo la crisis en España, reflexiono sobre los factores propios que la agravan, que son políticos, sociales y morales, y propongo un renovado proyecto para España que incluye una Agenda Nacional de Reformas para superar la crisis.

He escrito este libro desde tres convicciones personales. La primera es que toda crisis es, en última instancia, una crisis política. Me parece que ya es evidente que la crisis está golpeando con tanta dureza a España porque, cuando llegó, nuestro país ya sufría un fuerte deterioro político, social y también de valores. Estoy firmemente convencido de que como la crisis es, al final, política, la solución también deberá ser política. Es decir, sólo con un ambicioso proyecto reformista y con la determinación de poner en marcha las medidas necesarias que convoquen a toda la sociedad en un objetivo de futuro, será posible superar la crisis y retomar la senda de la prosperidad y progreso para España.

Mi segunda convicción es que necesitamos que todos los españoles recuperen la voluntad de unir sus esfuerzos para volver a poner a España en marcha. La crisis es, y va a ser, de tal profundidad que se necesitará un gran esfuerzo colectivo y el sacrificio de todos para superarla.

Me parece que es evidente que uno de los principales problemas que hoy tiene España es que el impulso político nacido históricamente durante la Transición democrática se ha agotado. Necesitamos recuperarlo. Aquél fue un impulso político que convocó a todos los españoles, como na-

ción, para que España pudiera ser un país normal, una democracia parlamentaria, un régimen político abierto y perfectamente comparable a los de cualquier democracia consolidada, con una economía de libre mercado que también pudiera competir en el mundo. Necesitamos recuperar un impulso político que convoque a todos y que pueda ser compartido por una amplia mayoría.

Lo necesitamos porque es indispensable poner en marcha una ambiciosa Agenda Nacional de Reformas para que España supere la crisis y vuelva a tener una economía competitiva y pujante. Como es indispensable, nos hará falta aglutinar los mayores apoyos posibles y ser muy conscientes de que, en todo caso, las reformas son imprescindibles.

Mi tercera convicción es que podemos superar la crisis. Estoy seguro de ello porque confío en mi país y en su capacidad. Estoy convencido de que podemos conseguirlo porque vi muy de cerca —me atrevo a decir que, en alguna medida, fui protagonista— cómo España superó la gravísima crisis de los años noventa. Estoy convencido porque sé que los españoles responden con trabajo y generosidad cuando se les convoca a un objetivo nacional que merece la pena.

El problema es que en los últimos años hemos equivocado el rumbo, perdido el tiempo y hasta retrocedido. Y ahora el deterioro económico y social marca la urgencia de las reformas. Será más difícil, pero no es imposible. Mi confianza está bien fundamentada, entre otras cosas porque se apoya en la experiencia y en los hechos. Sé que los españoles podemos superar situaciones muy difíciles porque lo hemos hecho en el pasado. Sé de la capacidad de trabajo, de superación y de mejora de los españoles porque he tenido el honor, durante ocho años, de liderar esta nación como presidente del Gobierno.

He escrito este libro como una apelación a la esperanza y a la responsabilidad. Harán falta líderes capaces de transformar las propuestas de reforma en políticas reformistas y de convocar a una amplia mayoría de los españoles para que esas políticas tengan el respaldo y la aceptación necesarias para que funcionen. Confío en que mis reflexiones puedan ayudar, siquiera mínimamente, en esta imprescindible tarea.

PRIMERA PARTE

La crisis de la economía mundial

CAPÍTULO 1

La crisis financiera internacional: ¿qué ha ocurrido?

Agosto de 2007: estalla la crisis financiera

Tras casi treinta años de intenso crecimiento económico mundial y los cinco mejores años de prosperidad para todo el planeta desde la segunda guerra mundial, en el verano de 2007 la economía mundial entró en crisis.

Lo que comenzó como una crisis financiera, que estalló en el mes de agosto de 2007, en poco tiempo se convirtió en una aguda crisis del conjunto de la economía mundial, extendida a todos los países. Se trata de la crisis más grave de los últimos veinticinco años, que en España amenaza con convertirse en la crisis más dura de los últimos setenta y cinco.

En menos de dos años, la economía mundial ha pasado de crecer el 5 por ciento anual (en 2007) a registrar tasas de crecimiento muy próximas a cero o incluso negativas (en 2009). En España el deterioro económico ha sido más rápido y más profundo.

En estos dos años, todas las economías del mundo han visto frenado bruscamente su crecimiento, pero hay grandes diferencias entre cómo está golpeando la crisis a unos países y otros. La crisis no está afectando a todos por igual, ni mucho menos. España es, lamentablemente, uno de los países peor parados.

Las economías de los países más prósperos y desarrollados son las que en una primera fase se han visto azotadas por la crisis con mayor virulencia. La economía nortea-

americana y prácticamente todas las economías europeas han caído hasta entrar en recesión o, lo que es lo mismo, se han sumergido en una profunda crisis que se traduce en caídas de la renta y el empleo. La consecuencia social más dramática de esta crisis es el crecimiento del paro y el rebrote de la pobreza. La crisis está siendo particularmente dura y profunda en España que, por desgracia, está a la cabeza del crecimiento del paro de todas las economías desarrolladas. España va a pasar de crecer más del 3 por ciento en 2007 a caer, si se cumplen las previsiones de los analistas, un 3 por ciento en 2009, algo desconocido en casi ocho décadas.

Las advertencias que muchos desoyeron

Aunque de poco sirvan ahora sus advertencias, antes del estallido de la crisis financiera del verano de 2007 no pocos analistas solventes habían alertado de los errores en la política económica y de los excesos financieros e inmobiliarios de las principales economías del mundo.

Como ocurre frecuentemente en los periodos previos a los episodios de crisis, esas advertencias fueron recibidas con desdén por muchos gobernantes. Algunos optaron por ridiculizar de forma irresponsable los avisos sobre la llegada de la crisis, calificando de catastrofistas y antipatriotas a los buenos profesionales de la economía que se limitaban a hacer su trabajo con acierto y a los políticos responsables y prudentes que advertían de los problemas que se avecinaban. En su pecado de soberbia y prepotencia llevan hoy la penitencia de la crisis económica y social, con su cara más dramática, la del paro masivo. La factura, no obstante, no la pagan esos gobernantes irresponsables, imprudentes e incompetentes. Recae sobre el conjunto de los ciudadanos, especialmente sobre los más débiles.

¿Qué ha ocurrido?

A día de hoy, el diagnóstico sobre las causas de la crisis económica mundial es prácticamente unánime entre los analistas más reconocidos.

A la mayoría de los ciudadanos quizás no les interese demasiado profundizar en las razones que nos han llevado a esta crisis. Comprensiblemente, lo que más interesa hoy a los ciudadanos de cualquier país es cómo salir de la crisis y qué se puede hacer para volver a las etapas de crecimiento y de creación de empleo. Pueden estar tranquilos, porque de ello nos ocuparemos en los próximos capítulos.

Pero, como ocurre en medicina, antes de hablar sobre la terapia que se debe aplicar para curar la enfermedad es imprescindible entender bien qué es lo que ha sucedido. Sin un buen diagnóstico, la terapia no funcionará.

Comprender las razones de la crisis es también importante porque ayudará a elevar la cultura económica de los ciudadanos y a evitar que políticos sin escrúpulos les engañen en el futuro, tanto con su política económica como en sus campañas electorales. Los ciudadanos deben tener claro que las malas políticas producen malos resultados y las políticas irresponsables acaban produciendo graves consecuencias para todos.

Hoy se comparte ampliamente que la crisis económica mundial tiene su origen fundamental en varios factores clave:

- 1) Los excesos cometidos por los principales bancos centrales del mundo, las «fábricas de dinero», comenzando por la Reserva Federal de Estados Unidos y continuando por el Banco Central Europeo, que cometieron el grave error de inundar de dinero la economía mundial en fases de bonanza.
- 2) Los graves errores cometidos por los Estados en su función de regular adecuadamente la actividad financiera.

3) Los errores cometidos por los Estados en su responsabilidad de supervisar correctamente la salud del sistema bancario y el buen funcionamiento de los mercados de valores.

4) Las profundas equivocaciones de buena parte de los gobiernos en el planteamiento de sus políticas públicas. El Gobierno de Estados Unidos se equivocó gravemente en su política de vivienda, que se ha demostrado imprudente por los avales públicos concedidos masivamente a personas insolventes. En Europa, la mayoría de los gobiernos se equivocó apostando por el gasto público excesivo y la ausencia de reformas económicas.

5) Los excesos cometidos por la mayoría de los bancos en casi todo el mundo, que con grave miopía y notable imprudencia incurrieron en graves errores de gestión del riesgo, concediendo un enorme volumen de créditos sin suficientes garantías.

6) La grave falta de transparencia, profesionalidad y ética en los mercados financieros, que se ha traducido en estafas y escándalos multimillonarios.

Trataré de explicar lo sucedido en las líneas que siguen.

Todo empezó en 2001, cuando Alan Greenspan, que durante cuatro mandatos presidenciales en Estados Unidos (con Ronald Reagan, George Bush padre y Bill Clinton) fue el gobernador de la Reserva Federal (la fábrica de dólares estadounidenses), inundó de dinero y crédito la economía estadounidense, rebajando drásticamente los tipos de interés, hasta el 2,5 por ciento.

Con los tipos de interés tan bajos, los bancos estadounidenses intentaron incrementar su rentabilidad aumentando su volumen de préstamos. Su política comercial les llevó a otorgar préstamos hipotecarios a familias con ingresos bajos e inestables y, por tanto, con una alta probabilidad de no poder devolver el préstamo y convertirse en insolventes. Se trata de los conocidos préstamos *subprime* o de

alto riesgo, es decir, de los préstamos con menos garantía de lo normal que, a cambio de tener un riesgo superior, rendían un interés más alto para el banco.

En medio de una burbuja inmobiliaria como la existente en Estados Unidos en esa época, en la que los precios de la vivienda crecían intensamente año tras año, los bancos pensaron que el riesgo de impago de esas hipotecas de alto riesgo quedaba compensado por la intensa y continuada subida del precio de la vivienda. Los bancos confiaron en recuperar el crédito, en caso de dificultad, mediante la venta de la vivienda a un precio superior al del crédito pendiente de pago.

Pero la imprudencia de los bancos estadounidenses no se quedó ahí. Para incrementar aún más su rentabilidad, los bancos optaron por multiplicar el volumen de crédito concedido sin calibrar bien el riesgo en que incurrían. Los bancos se enfrentaban a la limitación impuesta por la regulación financiera internacional, acordada en el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea por casi todos los países desarrollados, que fija un volumen máximo de préstamos en función del capital del banco. Y, a falta de mayor capital, los bancos optaron mayoritariamente por vender a fondos de inversión los préstamos hipotecarios previamente concedidos. Con el dinero obtenido de la venta de esos préstamos hipotecarios, los bancos volvían a prestar dinero a clientes de alto riesgo, y repetían la operación.

De esta manera, el riesgo de las hipotecas de alto riesgo (*subprime*) comenzó a centrifugarse fuera del sistema bancario tradicional. Los fondos de inversión compraban las hipotecas de alto riesgo, las empaquetaban y troceaban y las vendían por todo el mundo. Sin explicar cómo y por qué, vendían como productos financieros de máxima calidad lo que realmente eran, en buena medida, «hipotecas basura». Y si las vendían era porque había alguien que las compraba. Profesionales de las finanzas supuestamente cualificados compraban en todo el mundo activos financie-

ros de alto riesgo a precio de activo de la máxima seguridad. Y todo ello sin que las agencias públicas de supervisión detectaran estas malas prácticas.

Toda esa bola de nieve creció y aguantó mientras el precio de la vivienda subía. Pero llegó un momento en que el precio de la vivienda dejó de subir. Las familias estadounidenses que habían pedido prestados al banco 200.000 dólares vieron que su casa sólo valía 160.000 y tuvieron que tomar una decisión: devolver una casa de 160.000 dólares o devolver una hipoteca de 200.000 dólares.

La ley hipotecaria estadounidense (no así la española) permite elegir, así que muchas familias norteamericanas optaron por dejar de pagar el préstamo hipotecario y devolver al banco la casa hipotecada.

Los bancos estadounidenses empezaron de este modo a acumular préstamos morosos y miles de casas que intentaban vender, cada vez más infructuosamente. Y entonces la burbuja inmobiliaria estalló definitivamente. Los inmuebles hipotecados acumularon abultadas pérdidas de valor que convirtieron los préstamos garantizados por esas hipotecas de alto riesgo (que por algo lo eran) en activos de bajo valor, en «préstamos basura».

El problema se extendió al conjunto de la economía mundial cuando los inversores se dieron cuenta de que esos préstamos habían sido vendidos a bancos y fondos de inversión de todo el mundo. Con todo, lo peor no fue eso. El problema principal se planteó cuando la gente se dio cuenta de que nadie sabía ni cuántos «préstamos basura» había ni quién los tenía. Se extendió así el virus de la desconfianza, un virus que si no se trata a tiempo puede ser mortal para cualquier sistema financiero. Y es que, como nunca me canso de repetir, la economía está basada en la confianza.

Como los bancos optaron por no hacer público el grado de contagio del problema de las hipotecas estadounidenses, la desconfianza se extendió como la pólvora.

De la crisis de las hipotecas de alto riesgo al colapso del crédito

Los bancos dejaron de prestarse dinero unos a otros, temerosos de que el banco al que prestaban estuviera contagiado del «virus *subprime*» y pudiera quebrar, con lo que el banco prestamista perdería su dinero.

Los bancos que sí prestaban a otros bancos optaron por aplicar tipos de interés muy altos que compensaran el mayor riesgo que asumían: se dispararon así los tipos de interés interbancarios (como el Euribor), que son los que sirven de referencia para fijar los tipos de interés de las hipotecas de millones de familias. Se generó de esta forma un incremento muy fuerte en las cuotas mensuales de los préstamos hipotecarios y se agudizó, de paso, el problema de morosidad, que se extendió a familias que no eran de alto riesgo, sino familias normales, solventes con tipos de interés normales pero no con tipos de interés tan altos.

En algunos países, en particular Reino Unido y España, al problema de la crisis hipotecaria estadounidense se unió el estallido de una burbuja inmobiliaria propia, que reprodujo en el plano nacional el problema estadounidense de los créditos de alto riesgo. Muchos bancos extranjeros que hasta ese momento prestaban a las cajas de ahorro y bancos españoles dejaron de prestar, no porque las entidades españolas hubieran comprado créditos de alto riesgo estadounidenses en una cuantía relevante, sino porque llegaron a la conclusión de que buena parte de los créditos concedidos por las cajas y bancos españoles eran créditos de alto riesgo (*subprime*) *made in Spain*.

Con todo, los bancos estadounidenses tenían asegurada parte de los riesgos de los préstamos *subprime* con entidades especializadas como Bear Stearns, AIG y dos empresas públicas de Estados Unidos popularmente conocidas como Freddie Mac y Fannie Mae. El problema fue que la morosidad se disparó tanto que las aseguradoras se que-

daron sin dinero para hacer frente a sus compromisos y pasaron a ser insolventes. La quiebra de todas ellas, a la que se uniría la quiebra del banco Lehman Brothers, agudizó la crisis de confianza en el sistema financiero mundial y abrió las puertas al pánico financiero.

El plan de emergencia del Gobierno estadounidense: el plan Paulson

Afortunadamente, el Gobierno estadounidense, de la mano del secretario del Tesoro, Henry Paulson, reaccionó a tiempo. Paulson comprendió la gravedad de la situación derivada de la descapitalización de los bancos estadounidenses y fue plenamente consciente de las consecuencias del eventual riesgo de pánico financiero y del consiguiente colapso del sistema bancario estadounidense y mundial.

Paulson propuso el plan de rescate del sistema financiero estadounidense que lleva su nombre. Contaría finalmente, tras algunos cambios sobre la propuesta inicial, con el apoyo del entonces candidato presidencial Obama. Más tarde, todos los gobiernos de los países desarrollados adoptaron, con variantes en su contenido, planes de rescate bancario similares al Plan Paulson. El ya presidente Obama amplió el Plan Paulson en sus primeras semanas como nuevo presidente de Estados Unidos.

A los planes de rescate se unirían las medidas de ampliación de la garantía de los depósitos bancarios, fundamentales para tranquilizar a los ciudadanos, muchos de ellos tentados de retirar su dinero de los bancos, lo que hubiera provocado una hecatombe.

El mensaje de los gobiernos, absolutamente imprescindible para apuntalar el sistema financiero, fue claro y nítido: no se dejaría caer a ningún banco. El riesgo del pánico bancario se fue poco a poco disolviendo.